

# Valle Inclán y América

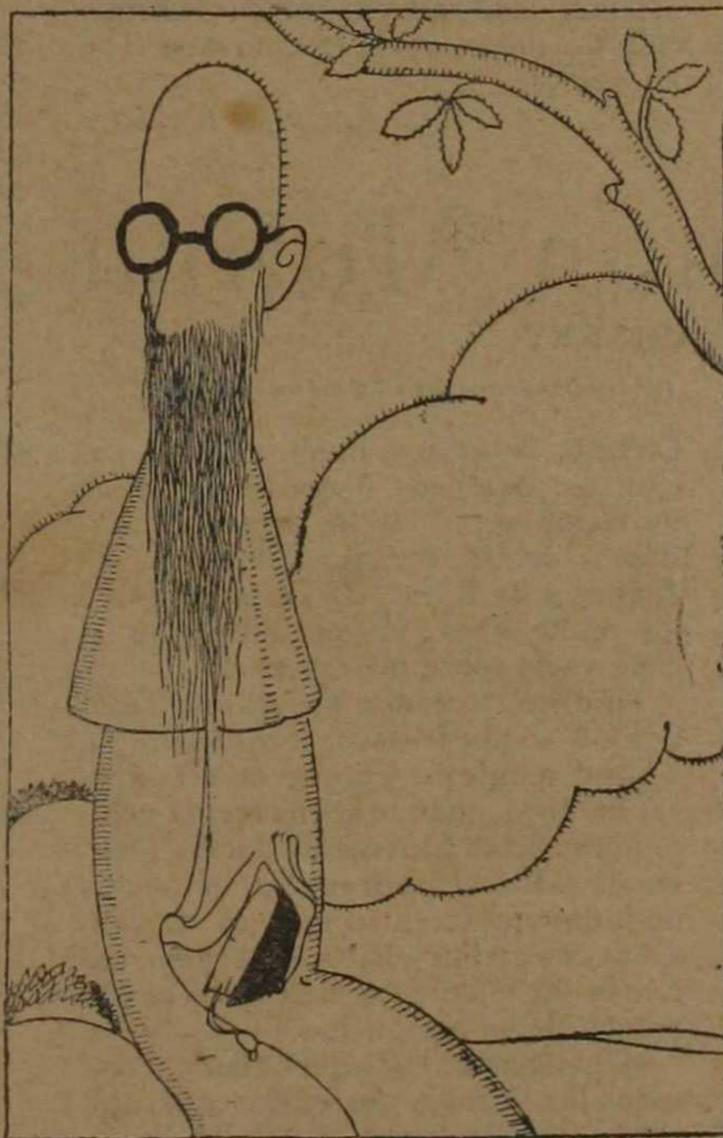
**P**OR mil partes aparece América en la obra de Valle Inclán: a veces, de caso pensado; otras, en un vago fondo inconsciente—si es que puede hablarse de inconciencia para un escritor que pondera siempre las siete evocaciones armónicas de cada palabra.

En la SONATA DE ESTÍO, encontramos la pintura de la niña Chole, la mestiza dulce y cruel que el Marqués de Bradomín descubre entre las ruinas de Yuxpan, envuelta en el rebocillo de seda y vestida con el hipil de las antiguas sacerdotisas, sobre un paisaje de piedras labradas y arenales dorados, palmeras, indios y mulatos con machetes, y cabalgaduras llenas de plata. Preciosa miniatura que apenas enturbia cierta frase de la niña Chole sobre «el flete de Carón», que el negro de los tiburones va a pagar en el otro mundo.

Aquí inaugura el Maestro la interpretación artística, sutilizada, del ambiente mexicano, escogiendo las escenas, las palabras, los tipos más cargados de color; solicitando libremente los datos de la realidad para que todos resulten expresivos; trasladándonos a un momento convencional del tiempo, donde puede juntar lo más mordiente y vivo de los rasgos de algunas épocas. Así, aplica a los asuntos americanos el procedimiento con que trataba los temas peninsulares; aprovecha las sugerencias de los primitivos cronistas y soldados, que usaron de la pluma de las memorias cuando ya no podían más con la espada de las hazñas; o tal cual fugitiva evocación de la América de Chateaubriand—este verdadero creador de la «selva virgen», donde los árboles gritan como en Dante; y procura siempre aquella objetividad parnasiana del Flaubert de la *Salambó*, sobre cuyo fondo estrellado corren poco a poco los velos de una melancolía católica y céltica, trémula de lágrimas y palpitante de insaciados anhelos. «Es la noche americana de los poetas»—suspira el Marqués, doblado en la borda de la «Dalila»,—y sentimos que en sus palabras tiembla el llanto.

Por las páginas de *La Lámpara Maravillosa* se percibe también la obsesión de los recuerdos americanos: «En la llanura sólo florecen los cardos del quietismo. El criollo de las pampas debe a la vastedad de la llanura su alma embalsamada de silencio, y si alguna emoción despiertan en ella los ritmos paganos, es por la mirra que quema en el sol latino la lengua de

España». Y aquella adivinación: «Todo el conocimiento délfico de los ojos es allí convertido en ciencia de los oídos, y en sutil aprender de topos. Se siente el paso de las sombras clásicas, pero ninguno puede verlas llegar. Los pueblos de la pampa, cuando hayan levantado sus pirámides y sepultado en ellas sus tesoros, habrán



VALLE INCLÁN

(Por BAGARÍA).

de hacerse místicos. Sus almas cerradas a la cultura helenica, oirán entonces la voz profunda de la India Sagrada». Esta idea se afirmará más tarde, con el segundo viaje a México.

En la *Pipa de Kif*, *La Tienda del Herbolario* es una aromática bodega de olores americanos, con especial predilección por el rasgo exótico y—si es posible—grotesco, correspondiendo a la estética del poema. El poder sintético es desconcertante, y esa Jalapa, ese Campeche, esa Tlaxcala entrevistos a través del humo de la marihuana, como lindos monstruos de alucinación y recuerdo, no se olvidan más. Decididamente, Valle Inclán prefiere la América mexicana: la misteriosa y la más honda.

Y finalmente, en los «*Esperpentos*» y creaciones últimas, hay un recuerdo,

que va y viene, de las palabras mexicanas, de los giros y los equívocos mexicanos. Es un murmullo que anda por la parte liminar de su alma, pero el escritor lo deja sentir con plena conciencia de lo que hace. Los que estamos en el secreto, saboreamos y sonreímos. Y agradecemos esta dignificación artística que don Ramón concede a tal o cual disparate humilde de nuestro pueblo, a tal o cual injuria recogida en labios de un jarocho de la costa o de un charro del bajío.

Pero, sobre todo, América ha sido para Valle Inclán algo como un empuje oportuno de la vida, un deslumbramiento eficaz, que le abrió los ojos al arte. «Y decidí irme a México, porque México se escribe con X». De aquí, de este primer viaje, procede el milagro de Valle Inclán. El hombre que México le devolvió a España, contenía ya todos los gérmenes del poeta.

En plena época colonial, Baltasar Dorantes de Carranza hablaba de las indias con abominación y a la vez—con mal encubierto rencor de amor: «¡Fisga de imaginaciones!—decía—¡Anzuelo de voluntades!» La imaginación y la voluntad de los españoles peninsulares volaban hacia América, que ejercía en la vida de la raza una función técnica, de ideal, de golpe de viento purificante. Igual función sigue desempeñando América para los españoles más altos, durante el siglo de Independencia: Castelar vuelve a ella los ojos con esperanza y con alivio; se cura de sus tormentas políticas, enviando sus confidencias y desahogos a los lectores de América. Unamuno—cuyo padre vivió en Tepic, y que aprendió a leer hojeando libros mexicanos—declara un día, entre melancólico y soberbio: «Si yo fuera joven, emigraría a América». Ortega y Gasset trae de América un secreto de fantasía renovado semejante al de Fausto. Y a Enrique Díez Canedo le es tan familiar la literatura americana, que, acaso por primera vez, se vuelve, bajo su pluma, un capítulo de la literatura española.

Valle Inclán escribe, y sueña con México. De su segundo viaje trae dos experiencias profundas: 1ª persiste la lucha entre el indio y el encomendero (encomendero que no es necesariamente español, como él parece suponerlo); la pugna entre el individualismo europeo, yuxtapuesto artificialmente sobre los hábitos de la raza vencida, y el gran comunismo autóctono que encontró Cortés, que la Iglesia amparó en cierto modo, como único medio de salvar a las poblaciones indígenas, y que las Leyes de Indias respetaron teóricamente, hasta donde era